

Perdón y benevolencia200

Benzion D. Yehoshua

“Señor, es tiempo de actuar, porque han invalidado tu Ley.” Salmos 119: 126

El cantor litúrgico con túnica y gorro blancos cantaba en un tono barítono que toda ópera aclamaría. También el coro era cautivante. La oración de “Kol Nidrei” en la gran sinagoga de Frankfurt era estremecedora, sin embargo, aunque la plegaría ascendía por escaleras de santidad, muchos de los visitantes perdieron rápidamente interés en lo que sucedía a su alrededor. El bullicio creó allí una confusión de voces disonantes. De todas partes se oían sonidos de intercambio. La acústica, que hasta ese momento había sido una bendición, se transformó en una maldición. Una mezcla de oraciones y medias sílabas en alemán y hebreo. El grupo de editores israelíes, entre los que me encontraba, había llegado a Frankfurt para participar en la feria del libro más grande del mundo que ese año tenía lugar también en el “Día del Perdón”. Con nuestras mejores galas, y equipados con el manto ritual, llegamos a la amplia sinagoga de una de las comunidades judías más antiguas de Alemania, rodeada por blindados, fuerzas alemanas de seguridad y comando, que temían un ataque terrorista contra los orantes. Tuvimos el honor de sentarnos en los asientos del fondo. Los de adelante estaban destinados a los acaudalados de Frankfurt, que aparecieron con trajes Tuksido, smoking, frac y galeras, creando un ambiente de “cámara de los lores” trasladada a Frankfurt.

La sección de las mujeres también estaba repleta de señoras elegantes, vestidas a la última moda de los nuevos ricos. Sofía, una editora israelí, distinguió a una especialmente impactante que lucía un traje de buen corte, en tono púrpura, y llevaba bajo del brazo un libro grande de suntuosa encuadernación, de un color que concordaba con el espléndido traje. Cuando Sofía abrió el ejemplar que le entregó la distinguida mujer, descubrió, para su sorpresa, que no era el libro de oraciones para el “Día del Perdón”, sino “Fábulas de los hermanos Grimm” en alemán. Sofía se retrajo, se lo devolvió y salió rápidamente a la calle. Más tarde nos encontramos en la noche oscura que había descendido sobre la ciudad. Sofía y yo caminamos entre luces y sombras por las callejuelas donde transcurría la vida también en la noche de “Kol Nidrei”. - Kobi, este no es nuestro lugar –dijo ella y yo asentí.

- ¿Qué te parece –le propuse–, mañana a la mañana, en pleno “Día del Perdón”, llevar a cabo un acto que nunca hicimos: viajar a Maguncia, conocida

hoy como Mainz, para reivindicar la imagen mitológica del Rabino Amnon, que estuvo dispuesto a atravesar un entramado de torturas, con tal de no perder su identidad judía.

- ¿Quién fue el Rabino Amnon? –se interesó.
- Era ministro del gobierno local –desplegué ante sus oídos la historia que me atrapaba tanto como los libros expuestos en la feria– y el rey le pidió que se convirtiera al cristianismo. Él le solicitó tres días para evaluar la propuesta y respondió negativamente.
- ¿Cómo reaccionó el rey? –Sofía parecía un poco preocupada.
- Muy duramente. Ordenó amputarle los pulgares de sus manos y pies.

Pero el Rabino Amnon mantuvo su negativa.

- ¿Siguió con vida? –se nubló el rostro de Sofía.
- Dificultosamente. En Rosh Hashaná, el año nuevo, fue llevado a la sinagoga con sus pulgares ya amputados. Durante la oración, exhaló el último suspiro tras tremendos sufrimientos –narré con tristeza.
- Pero, ¿cómo está relacionado esto con “Unetaneh Tokef²⁰¹”? –Sofía intentó atar los cabos.
- Se cuenta que tres días después, el Rabino Amnon se apareció al Rabino de Maguncia, Kalonymus ben Meshulam, en un sueño y le recitó el poema “Unetane Tokef”. Las circunstancias y el poema se difundieron en todas las comunidades judías y desde entonces se reza la plegaria en el año nuevo y en el “Día del Perdón” –le conté a Sofía.
- El destino del Rabino Amnon estremece, por su crueldad. Él simboliza el destino trágico de los judíos en la diáspora –sentenció Sofía.
- Definitivamente, tienes razón. Pasaron casi mil años desde la muerte del Rabino Amnon y no hicimos nada para perpetuar la memoria de este mártir. Quiero ir mañana a la antigua catedral de Mainz, en la que se urdió el odio a Israel. Ese lugar fue pisado por el rey que provocó la muerte de Rabi Amnon. Mañana nos

sentaremos en un rincón de la catedral y te leeré al oído “Unetane Tokef”, en honor al alma del Rabino Amnon de Maguncia. Nadie lo hizo antes y, por supuesto, no en el “Día del Perdón”.

- Te acompañaré en esta travesía, a pesar de que siempre ayuné y nunca viajé en el “Día del Perdón” –afirmó Sofia–. Es preferible leer “Unetane Tokef” en la ciudad natal del Rabino Amnon, que participar del bullicio mercantil de la sinagoga de Frankfurt.

201. Una de las plegarias más importantes de la liturgia: “Proclamemos la santidad de este día...”

*

El tren llegó a Mainz. Vimos la catedral desde lejos, una construcción rojiza monumental, que se eleva a gran altura y se extiende en una superficie amplia. Las ventanas de la catedral son vitrales multicolores. Sofia y yo nos sentamos en un rincón alejado del altar, junto al cual se estaba realizando una misa. El órgano vibraba con una resonancia estremecedora. Sentí los poros de mi cuerpo erizarse. Un coro de mujeres entonaba cánticos de los Salmos en tonos agudos. Extraje el libro de oraciones de mi bolso y quedamente leí al oído de Sofia, mientras los sonidos del órgano retumbaban de fondo: “Proclamemos la santidad de este día porque es imponente y temible. Y en él será exaltado tu reinado y se afirmará con benevolencia tu trono...”

El origen del hombre no es más que polvo y su fin es el polvo...

Es parecido a una arcilla que se quiebra. Es como la hierba seca, como una flor marchita, una sombra que pasa, una nube que se disipa.

Como el viento que sopla, como el polvo que vuela y se esfumará como un sueño.

Tú eres el Rey vivo y eterno”.

Mi voz se quebró. Los ojos de Sofia se humedecieron. Al término de la lectura salimos de la catedral emocionados y sentimos que hicimos un acto de benevolencia con la memoria de Rabi Amnon de Maguncia.

“Quisiera ir a Bingen, a orillas del río Rin –propuso Sofia–. Es la aldea natal de mi abuela y mi abuelo, que murieron en el Holocausto, en pleno Día del Perdón”.

Subimos a la cubierta de un barco que navega por el Rin. Después de un silencio prolongado, pregunté: “¿Qué sabes sobre tus abuelos y la aldea Bingen?”. “Ya en el siglo XII, el viajero Rabi Binyamín de Tudela contó acerca del establecimiento de judíos en la aldea Bingen –relató Sofia–. En el año nuevo de 1198, los habitantes de Bingen atacaron a los judíos que se

encontraban en ese momento en la sinagoga, los lastimaron y obligaron a huir. A mediados del siglo XIII, los judíos regresaron como prestamistas con la autorización del arzobispo de Mainz. En 1405, fueron víctimas de extorsión por parte del arzobispo de Bingen, que resolvió condonar la quinta parte de las deudas que los cristianos tenían con los judíos e hizo cuanto estuvo a su alcance para seguir extorsionándolos. En 1507 los judíos fueron expulsados nuevamente, pero volvieron a establecerse allí otra vez en el siglo XVI. Cuando en 1933 Hitler asumió el poder, vivían en Bingen cuatrocientos sesenta y cinco judíos que sufrían persecuciones. Algunos de ellos se escaparon. En 1942...”, Sofía se ahogó e interrumpió el relato. Yo no la apremié.

Escrito en la Ceniza | 307

El barco ancló durante unos minutos en el muelle de Bingen. Bajamos rápidamente y comenzamos a subir por la pendiente de la calle. Para nuestra sorpresa, descubrimos en la pared de la casa de la esquina, contigua al muelle, una inscripción grabada en una placa de mármol, en alemán y hebreo:

*“En este lugar se erigía la
sinagoga de la comunidad judía de
Bingen. En plena oración del ”Día
del Perdón”
miembros de la Gestapo irrumpieron en la
sinagoga y se llevaron a los judíos a la muerte”.*

“Así es –continuó Sofía las palabras interrumpidas a bordo del barco–, en plena oración del ”Día del Perdón”, mientras los judíos estaban envueltos en sus mantos rituales y rezaban con devoción, fueron atrapados por la Gestapo. Ese día fueron asesinados ciento setenta judíos, entre ellos, mi abuela Guita y mi abuelo, Dr. Moshé Zeligman, un médico reconocido en las localidades ubicadas a lo largo del río Rin. Mi padre se salvó porque al estallar la Segunda Guerra Mundial, sus padres lo enviaron a Eretz Israel, en el marco de Aliat Hanoar y se instaló en Ben Shemen”. Sofía volvió a ahogarse. Le ofrecí sorber un poco de agua de la botella. Rehusó y dijo: “Desde los doce años que ayuno. A pesar de que hoy viajamos en tren y en barco, ¡continuaré ayunando!”. Sentí una opresión en el pecho y un nudo en la garganta. Abrí al azar el minúsculo Libro de Salmos que tenía en el bolsillo y una mano invisible me guió hasta el Salmo 83, que resultó muy adecuado para ese momento especial. Leí con voz ronca:

Cántico. Salmo de Asaf *Oh Dios, no guardes silencio; no te quedes, oh Dios, callado e impasible. Mira cómo se alborotan tus enemigos, cómo te desafían los que te odian... Hazlos rodar como zarzas, Dios mío; ¡como paja que se lleva el viento!*

Y así como el fuego consume los bosques y las llamas incendian las montañas, así persíguelos con tus tormentas y aterrorízalos con tus tempestades. Señor, cúbreles el rostro de ignominia, para que busquen tu nombre...

Nos quedamos sentados en un banco del parque sin emitir sonido. Abrí el libro de oraciones del “Día del Perdón” y ahondé en la grandeza de Dios y la nulidad del ser humano en “La corona del reino”, de Rabi Shlomo Ibn Gabirol. Sofía estaba ensimismada y su silencio prolongado parecía un ayuno



de habla. “No tuve ni abuelo ni abuela para ser consentida sobre sus regazos –susurró de repente–, pero siento que he cerrado un círculo con ellos, que fueron asesinados en el día más sagrado para el pueblo de Israel”.

Sofía tomó mis palmas. Nuestras manos juntas temblaban descontroladamente. Quizás por la condición del día, quizás por los sentimientos recíprocos que latían en nosotros. Ella se pegó a mí, como buscando refugio. Cuando besé su frente alta, dijo: “¿Sabes, Kobi? A pesar de que hoy no fuimos estrictos con el respeto al ”Día del Perdón”, siento que este es el más sagrado y más benévolo de toda mi vida...”.

© Comunidades judías completas fueron llevadas a campos de concentración. Diseño: Tiferet Hakak.

Nos abrazamos durante un rato largo sin agregar palabra. Nuestro abrazo proclamó la santidad del día y también su benevolencia.

El relato de Benzion Yehoshua transcurre durante el “Día del Perdón” en suelo alemán. Oscila entre pasado y presente, entre las persecuciones contra judíos en Alemania durante la Edad Media y el exterminio de judíos durante la Segunda Guerra Mundial. Yehoshua es considerado un especialista en la historia de los judíos asiáticos pero, durante una misión en algunos países de ese continente, se encontró con judíos desplazados que habían huido del horror del régimen nazi y hallaron refugio en las repúblicas islámicas.



Benzion David Yehoshua-Raz (Jerusalén, 1936). Escritor, investigador, editor, guía turístico. Es Licenciado en Ciencias Judaicas y Magíster en disciplinas combinadas por la Universidad Hebrea. Estudió diversos idiomas y habla ocho: entre ellos, árabe, ruso, persa y tayiko. Sus investigaciones fueron publicadas en revistas y libros, tanto en Israel como en el extranjero. Se desempeñó como director general y editor jefe de la Editorial Magnes. Fue enviado oficial a países musulmanes en Asia Soviética Central con el objetivo de rescatar judíos de zonas en riesgo y su traslado a Israel. Fue investigador y profesor huésped en © BenzionYehoshua. el Centro de Estudios Judaicos de la Universidad de Harvard, Estados Unidos, *Foto: Álbum personal.* y en universidades e institutos en Israel. Publicó catorce libros: seis de prosa (cuatro compilaciones de cuentos y dos novelas), cuatro libros de investigación, dos antologías de cuentos populares, un libro de ensayos y otro de travesía. Obtuvo tres premios literarios: Premio Harry Harshon (1961), Premio del Presidente (1965) y Premio de la Universidad Hebrea (1970).